

ción de entrañables nombres. En la comparación entre los morunos echados de Campos del Río y los del Valle de Ricote, se muestran llamativas reseñas. Un amplio anexo prueba el número existente de personas y de sus haciendas vendidas.

José Antonio Marín Mateos, de larga y provechosa trayectoria indagadora, nos instruye sacando a relucir una sugestiva historia: "El sangrador y las armas en Campos del Río. 1598-1602" y tras efectuar unos oportunos trazos generales de la población, apunta hacia una figura pintoresca, Ginés Mena, cirujano, barbero y sangrador, que habría de atender a las gentes, con al parecer, escaso beneficioso pecuniario.

Queda revelado igualmente un repertorio de armas, registrándose una vasta y chocante relación de personas y de defen-

sas que se les encontraron, como espadas, arcabuces o ballestas.

Perteneciente al grupo de colaboradores habituales de Ricardo, además de ser su mujer, Esmeralda Mengual Roca sabe de la necesidad de bucear con pericia en la urdimbre histórica. Dicha cualidad no le falta en su contribución a la obra en "El escritor Eduardo García Pérez", personaje relevante de Campos y cuya vida es repasada someramente, aunque abundante en pistas, revisándose su producción literaria, incidiendo y subrayando los prolijos y reconocidos premios recibidos por el autor.

El libro, como casi todas las obras de compilación, no puede dejar de evidenciar la lógica disparidad de estilo y presentación, pero ello no es obstáculo para mantener el eje central de la narrativa ni enturbia la luz que arroja, suelta y sugestiva, sobre la historia de la localidad.

LA NAVIDAD

Daniel Serrano Varéz

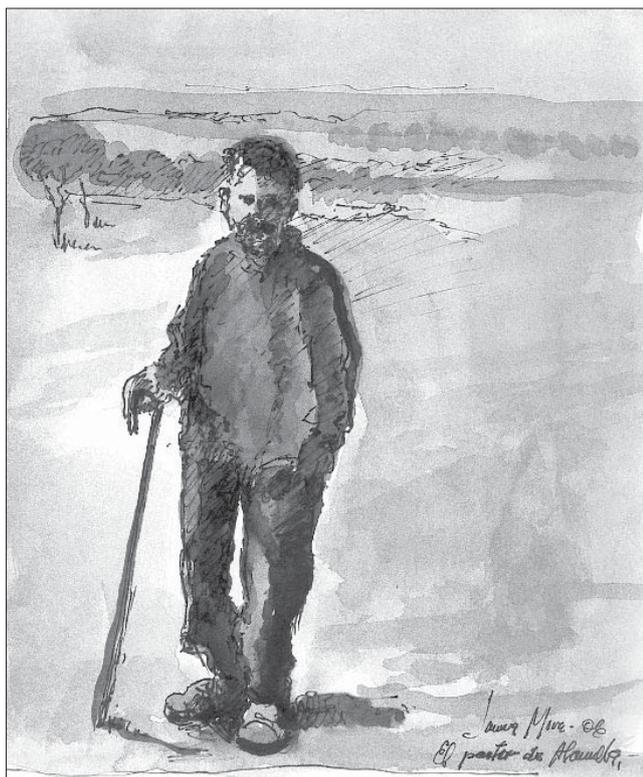
Entre las festividades religiosas que la Iglesia celebra a lo largo del año está la Navidad, que tiene un profundo significado religioso.

Vamos a referir cómo se conmemoraba en Alcantarilla hace años, ya que con el paso del tiempo, esas costumbres han desaparecido y sólo queda su recuerdo en personas mayores.

Como preludeo, la Hermandad de las Ánimas era la organizadora de siete misas de gozo, que se decían los días previos a la Nochebuena. También era la encargada de la realización de baile de "inocentes" o de "puja" para recaudar fondos. Se celebraban los días 25, 26, 27 y 28 en las cercanías de la iglesia. Tenían lugar a continuación de la misa. Para amenizarlos había una rondalla y asistían numerosas madres, padres y jóvenes de ambos sexos. El encargado de su desarrollo recibía el nombre de "El Inocen-

te" y era un hombre de prestigio y respetado en sus decisiones, solía ir elegantemente vestido, como requería la ocasión, y con dos prendas características: una vara y un sombrero, con muchos lazos y adornos. Él determinaba un número de misas a la Virgen de la Aurora, que el joven que quería iniciar el baile (romper el baile) debía asumir su importe. A partir de ahí se iniciaban pujas para conseguir el primer baile y los posteriores, que al que le eran adjudicados realizaba con la joven que eligiera, que no podía negarse.

Era tradicional que la familia permaneciese reunida durante la Nochebuena. Después de cenar se colocaban en torno al hogar, que procuraban que proporcionase buen fuego, para lo cual solían tener un tronco de considerable dimensiones al que llamaban "nochebueno", y allí pasaban las horas hablando y cantando villancicos.



Era costumbre salir grupos de amigos o componentes de una familia por las casas de conocidos para cantar villancicos y pedir el “aguilando”. Junto a los clásicos instrumentos musicales de laúdes, guitarras, acordeones, panderetas y postizas de los que se acompañaban cuando los tenían, utilizaban otros hechos con ingenio como: Botella de anís “El Mono”, que tenía en su superficie unas hendiduras que formaban rombos, sobre ellas se restregaba el rabo de una cuchara.

Mortero metálico. Golpeándolo con su mano.

Dos cucharas soperas. Se sujetaban los rabos entre los dedos de una mano y se entrechocaban las cazuelas por su parte convexa.

Zaranda de cerner arroz. Se restregaba el rabo de una cuchara sobre los salientes de los agujeros del fondo.

Castañeta. Se hacía con un trozo de caña licera de unos 40 cms. Debía estar seca para evitar posibles deformidades posteriores. A partir de un nudo se le hacía un corte longitudinal hasta el otro extremo, con lo que se formaban dos láminas, y a una de ellas se le hacía un orificio

rectangular para que hiciese de caja de resonancia. Se manejaba cogiéndola por el nudo con una mano y con la palma de la otra se golpeaba sobre el nudo, lo que hacía vibrar las láminas y producir sonido.

En las casas donde cantaban villancicos los invitaban a dulces y bebidas. En las que económicamente no andaban muy bien, en vez de ser botellas de marca era de garrafa y se le llamaba de “ahorre”.

Junto a los villancicos clásicos cantaban otros populares, y a veces algún ingenioso improvisaba letras.

No había llegado la costumbre de poner árbol de Navidad. Sólo se ponían belenes y en algunas casas tenían la curiosa costumbre de que los Reyes Magos se ponían lejos del portal y mirando la estrella que sobre él había, por las noches los acercaban un poco hasta que llegaban al portal el 1 de enero. A partir de esa fecha se les ponía de espaldas y se les iba alejando lentamente, suponiendo que iban de vuelta.

VILLANCICOS POPULARES

Los pastores que supieron / que el niño quería fiestas, / hubo pastor que rompió / cien pares de castañetas.

Los pastores que supieron / que el niño quería teta / hubo pastor que llevó / la leche en la pandereta.

Vamos a Belén pastores / a ver al nieto de Ana, / que tiene un león atado / con una hebra de lana.

En Belén tocan a fuego / de un portal salen las llamas, / es el hijo de María / que ha nacido entre las pajas.

Qué es aquello que reluce / en aquellos pinos verdes, / es el hijo de María / que ha nacido en un pesebre.

A esta casa hemos llegado / cuatro amigos a cantar, / uno cojo y otro manco / y otro que no puede andar.

A esta casa hemos llegado / cuatrocientos en pandilla, / si quieres que nos sentemos / saca cuatrocientas sillas.

San José al niño Jesús / un beso le dio en la cara, / y el niño Jesús le dijo / que me pinchas con las barbas.

La Virgen iba a Belén / por una montaña

oscura, / y al vuelo de una perdiz / se le ha espantado la mula.

El aguilando pedimos, / no pedimos cañamones, / pedimos tortas de Pascua, / peladillas y turrone.

En el portal de Belén / gitanillos han entrado, / y al niño que está en la cuna / los pañales le han quitado.

El aguilando le pido / si usted me lo quiere dar, / porque la Pascua que viene / Dios sabe quién vivirá.

Por debajo de esta puerta / se ven los ojos de un gato, / ésta si que es buena casa / que nos dará tortas de reca.

En el Portal de Belén / hay un tío haciendo gachas, / con la cuchara en la mano / convidando a las muchachas.

Por debajo de esta puerta / se ve un montón de ceniza, / ésta si que es buena casa / que nos darán longanizas.

Por debajo de esta puerta / se ve la luz de

un candil, / ésta si que es buena casa / que nos dará de freír.

Por la escalera baja / la que nos trae el aguilando, / se le ha figurado mucho / y lo viene repiscando.

Por la escalera baja / la que nos trae el aguilando, / un moniato cocido / ¡sopla que viene quemando!.

A esta puerta hemos llegao / cuatro amigos a cantar / abre la puerta,....., / si nos vas a convidar.

La Pascua se va y se viene, / la Pascua se viene y se va, / y nosotros nos iremos / y no volveremos más.

Esta noche es Nochebuena / y no es noche de tostones, / que ha pario la estancuera un capazo de ratones.

Esta casa es de oro / los balcones son de plata, / y la familia que hay dentro / que pase felices Pascuas.

FALGAS, O LA REALIDAD REINTERPRETADA

José Emilio Iniesta González

Falgas es un pintor profundamente honesto, comprometido desde hace muchos años con el arte, el arte auténtico, el que no conoce pedanterías, fabulaciones o coartadas “conceptuales”. Falgas pinta la realidad, la verdad, que no es poco, captando la belleza de los paisajes, la intensidad abigarrada de las ciudades y ese microcosmos que es el ser humano. Decía Vicente Aleixandre, nuestro poeta premiado con el Nobel, que todas las cosas son bellas si se las sabe nombrar con la palabra precisa; pues bien, aplicando esta reflexión a la pintura diremos que todas las cosas son bellas cuando se las representa con la forma y el color adecuados. Ahí reside uno de los secretos de la pintura de José María Falgas.

Es la de sus cuadros una realidad “reinterpretada”, reinterpretada desde la fidelidad a la belleza formal de las cosas. Pero como en el figurativismo hallamos muchos matices y niveles, debemos seña-

lar que la pintura de Falgas no se queda en una imitación servil o mecánica de la realidad, sino que su paleta aprehende, a través de las formas y la apariencia de las cosas, las sensaciones y sentimientos que laten bajo lo meramente eterno, a saber, paisajes entrañables por su exhuberancia o su desnudez, laberintos urbanos a la vez reales y soñados, el rostro humano como expresión del misterio del alma... Por eso ha destacado José María en el difícil arte del retrato con unos cuadros que superan la sequedad de la fotografía y nos descubren no sólo el físico del personaje, sino sobre todo su alma. El propio artista se expresa así en su novela “El amor de la Palmera”: *le digo que un retrato es la consecuencia de una interpretación, y que no está libre de la admiración que yo pudiera tener por el modelo*. Pero quizás la opinión que mejor expresa lo que digo es la del gran novelista yeclano, y maestro